



FANTASÍA

James P. Blaylock

LA TIERRA DE LOS SUEÑOS

«Blaylock es el mejor autor de fantasía contemporánea.»
Tim Powers, autor de *Las puertas de Anubis*.

Todo empezó cuando un zapato del tamaño de una barca y unas gafas gigantescas aparecieron de pronto varadas en la orilla junto a una ciudad costera del norte de California, y tres de los huérfanos de la ciudad —Jack, Skeeze y Helen— supieron que algo muy extraño ocurría..., cosa en la que estuvo de acuerdo el fantasma del ático del orfanato. Foco después, una extraña feria llegaría a la ciudad, dirigida por un siniestro caballero que podía transformarse en cuervo, y a Jack le fue entregado un elixir que podía, sólo podía, permitirle cruzar durante el Solsticio a otro mundo, un misterioso país de los sueños que contenía la llave del pasado y de todos sus futuros...

De esta novela Tim Powers ha dicho: «**La tierra de los sueños** está destinada a ser uno de los clásicos indiscutidos en su campo».

*Para Vila,
y también para Lynn, Ron, Tim y Katy,
que tienen las inclinaciones adecuadas.*

A medida que envejecía, Saint-Beuve empezó a contemplar toda experiencia como un único y gran libro, en el cual había que detenerse a estudiar durante unos años antes de proseguir la marcha; y, aparentemente, le daba igual que uno se concentrara en leer el Capítulo XX, que trata sobre el cálculo diferencial, o el Capítulo XXXIX, en el que se oye tocar a la orquesta en el jardín.

ROBERT LUIS STEVENSON,
«Una Apología para Ociosos».

Primera Parte

LA LLEGADA DE LA FERIA

1

Llevaba seis días lloviendo cuando el enorme zapato fue arrojado a la playa. Era algo imposible, tan grande como un bote de remos, con unos cordones deshilachados de los que colgaba un jardín de hidras de color rosa y algas verde azuladas.

Era el anochecer de un día de mediados de otoño. El cielo aparecía plagado de nubes y el aire estaba lleno de gotas, procedentes de las olas que rompían en los arrecifes: oscuras y vastas masas que se dirigían hacia los promontorios, camino de la costa, como si fueran laderas deslizando, tanteando las aguas poco profundas y arrojándose con fuerza atronadora, de modo que podías oír cómo rompían desde una distancia de medio kilómetro del pueblo, más allá de la granja Edgware y del Puente Caído. A lo largo del horizonte, como una arrugada cinta de color azul que se extendiera desde el norte de los promontorios hacia el borde del mundo, la parte inferior del cielo brillaba por debajo de las nubes, con un aspecto como de porcelana antigua, pálidamente acuoso debido a una bruma de lluvia que lo atravesaba.

El zapato yacía en la playa; olía a algas, a cuero mojado y a espuma salada. La lengüeta se había abierto camino por entre los cordones y apuntaba incomprensiblemente hacia el cielo como si fuera la deformada vela de algún bote mágico; una y otra vez surgía una ola mayor que la anterior y, con un gran despliegue de espuma marina, barría la arena, empujando al zapato unos cinco centímetros tierra adentro, hasta que, cuando Skeeze lo encontró al anochecer, se hallaba ya bastante por encima de la marea menguante, como si algún gigante lo hubiera dejado allí abandonado antes de marcharse a casa.

Estaba lleno de agua, que se filtraba por entre la costura del tacón; sin embargo, el cuero se había hinchado tanto durante su travesía que caía muy lentamente, lo cual haría que por la mañana se encontrara aún casi lleno. El agua que lo llenaba aparecía oscura bajo el cielo amenazador, como la de un pozo. No obstante, se percibía el destello de algo en sus profundidades, el brillo de escamas o de monedas de plata; resultaba imposible saberlo hasta que uno no se subía la manga de la camisa y metía la mano en esa agua fría y oscura.

Skeezix era como se llamaba a sí mismo Bobby Wickham desde los cinco años, cuando viera, colgada de la pared de la biblioteca, la foto de un anciano con un sombrero del que sobresalía una pluma de avestruz. Le dijeron que se trataba del Rey Skeezix de Finlandia, el cual, hacía un siglo, había sido tan famoso que su retrato podía encontrarse en cualquier enciclopedia ilustrada. Asoció el nombre con pájaros y, a los cinco años, la pluma de avestruz le pareció grandiosa. Ahora, con dieciséis, era ridícula; sin embargo, el nombre persistió, y posiblemente ya no podría deshacerse de él ni aunque quisiera.

Escudriñó en las profundidades del agua. El costado del zapato le llegaba casi hasta el cuello. Si lo que había en el interior eran monedas de plata, estaban demasiado hondas para que él pudiera alcanzarlas..., sólo parecían estar cerca de la superficie debido a un truco del sol, que en ese momento se había asomado por encima de las nubes que flotaban sobre el mar. Skeezix abrió su maltrecho paraguas cuando una brisa transportó unas cuantas gotas que le salpicaron el cuello del abrigo. Los destellos plateados se esfumaron, y pudo ver que se trataba de las colas de unos peces iluminadas por el sol.

No había forma de explicar la presencia del zapato. Había estado en el océano una o dos semanas —era fácil de ver—; sin embargo, lo que Skeezix no sabía era si había navegado procedente de una tierra lejana o si había flotado,

empujado por la corriente costera, desde el sur. El zapato era un misterio, al igual que las enormes gafas encontradas dos semanas atrás enredadas entre unas algas en un charco dejado por la marea.

A Skeezix se le ocurrió que debería de ocultarlo. Lo mejor sería arrastrarlo y esconderlo detrás de unas rocas y cubrirlo con maderas arrastradas por la corriente, de modo que el doctor Jensen pudiera verlo. El doctor tenía que ser el primero en contemplarlo y estudiarlo. Al doctor Jensen le habían arrebatado las gafas y las habían colgado de la pared de la taberna, al lado del maravilloso perro bicéfalo. Los cristales estaban llenos de sal, arena y plantas secas, y el latón de la montura aparecía recubierto de un verdegris turquesa, como si estuviera transformándose en una joya. Habían quitado con una espátula la suciedad de los cristales para pintarles, posteriormente, unos ojos graciosos, de modo que parecía que te estaban mirando desde la pared de la taberna. Justo al lado de ellos colgaba el perro bicéfalo, que mostraba un aspecto melancólico, con el pelaje sucio y enredado en el que se apreciaban bastantes claros.

A Skeezix eso no le gustaba. Se habían estado burlando del pobre perro y del doctor Jensen. Uno no podía burlarse de algunas cosas. El cielo sabía que ya se habían reído lo suficiente de él, sobre todo porque era gordo y daba paseos diarios por la playa, lloviera o no. Casi los abandonó —sus paseos por la playa— cuando dio la impresión de que la lluvia no iba a cesar.

El primer día de las lluvias torrenciales Skeezix se había escapado por la ventana del orfanato al amanecer, después de permanecer despierto la mayor parte de la noche, escuchando el repiqueteo de la lluvia en el techo de hojalata y el borboteo que producía al caer por los desagües. Se pasó la mañana rebuscando en los charcos con la punta de su paraguas. Llenó un cubo con estrellas de mar, que el doctor Jensen podría enviar por barco a la ciudad. Hacia las diez o las once, daba lo mismo que llevara el paraguas abierto, ya

que, pese de ello, estaba empapado. Entonces encendió un fuego con unas maderas arrastradas por la resaca bajo la cueva que había en la ladera de la colina; permaneció sentado toda la tarde, contemplando caer la lluvia a través de una cortina de humo mientras ensartaba en un cordel las conchas marinas que había sacado del almacén del paraguas.

El doctor Jensen quería el zapato. Sólo Dios sabía lo que haría con él, pero, de todas formas, lo quería, aunque sólo fuera para estudiarlo. Había anhelado guardar las gafas; pero el tabernero, un hombre llamado MacWilt, con una nariz ganchuda y un ojo casi cerrado debido a alguna enfermedad, no se las dio. Pensaba colgarlas de la pared de la taberna, había dicho, y el propio doctor Jensen podría hacer lo mismo. ¿Para qué desearía MacWilt el zapato? Probablemente para una maceta que colocaría delante del local y donde dejaría que crecieran las hierbas.

En ese momento, de un bocado, el mar se tragó al sol, y la playa del anochecer se vio envuelta en las sombras. Skeezi introdujo las manos debajo de la húmeda suela del zapato e intentó alzarlo. Fue como tratar de levantar una casa. Tendría que sacar el agua del interior antes de que pudiera siquiera pensar en moverlo; incluso entonces, tal vez también resultara fútil si no conseguía ayuda. Su estómago comenzó a gruñir y, repentinamente, tuvo la impresión de que si no comía algo se desmayaría. El efímero almuerzo que había llevado consigo se le acabó al mediodía. Desde entonces no había comido nada. Lo haría en el orfanato —a pesar de que era una comida horrible—; luego, se escabulliría fuera y volvería a comer en la casa del doctor. De algún modo, lo único que le apetecía eran unas diez patatas calientes con sal y mantequilla, en un plato humeante, con la mantequilla derretida a su alrededor. En el orfanato le servirían de nuevo sopa de coles con pan, aunque había cosas aun peores. En una ocasión, cuando el doctor Jensen tuvo que marcharse al sur por tres días, comió mejillones

crudos..., todavía recordaba su sabor y su textura viscosa. Probablemente se habría muerto de hambre si Elaine Potts, la hija del panadero, no le hubiera llevado unos donuts. La buena de Elaine; aunque ahora se hallaba de vacaciones en el sur y no volvería hasta dentro de una semana. Se iba a perder todo el Solsticio.

El hambre se apoderó de él como si fuera una ola enorme y silenciosa. Se encontró ascendiendo por la pendiente en dirección al camino costero y las vías del ferrocarril, hacia el pueblo que había más allá. La noche ocultaría el zapato. Nadie lo encontraría en la oscuridad, en especial Mac Wilt, que estaría ocupado sirviendo cervezas y recogiendo monedas hasta bien pasada la medianoche. El zapato estaba bastante seguro. Desde la cima de la colina, al lado del camino, parecía un charco de una forma peculiar. Primero comería algo y luego buscaría a Jack Portland. Jack le echaría una mano con el zapato. Regresarían por la noche y entre los dos lo cargarían sobre una carreta..., y el viejo Jensen abriría la puerta vestido con su camisa de dormir y su gorro, y a su lado estaría la señora Jensen. Sería casi al amanecer. Él y Jack estarían agotados y empapados de haber trabajado toda la noche rescatando el zapato y, mientras el doctor salía bajo la lluvia iluminándose con una lámpara, la señora Jensen les haría entrar y les daría café, galletitas, queso y tarta.

A Skeeze le encantaba pensar en la comida, especialmente cuando se sentía hambriento. Aproximadamente a las cuatro de cada tarde, soñaba con platos que comería algún día; años atrás había jurado que alguna vez viajaría de un extremo a otro del mundo, parándose a comer en cada café y cada posada que hallara en el camino. Además, pediría dos postres; si iba a ser un hombre gordo, lo sería de verdad. Las medidas intermedias no valían nada cuando se trataba de comida.

Cuando llegó, el pueblo se hallaba a oscuras bajo las nubes y los árboles costeros. Los comedores y las salas de las casas aparecían cálidamente iluminados por los fuegos que ardían en los hogares. El humo ascendía por las chimeneas. Skeezix avanzó entre la humedad, subiendo por un callejón empedrado que corría paralelo a la Calle Alta. A través de las ventanas iluminadas pudo ver que ya había muchas familias cenando alrededor de las mesas de madera: hermanas y hermanos, madres y padres se servían puré de patatas y guiso de carne, junto con rajadas de manzana con canela. Si se esforzaba podía recordar el rostro de su propia madre, aunque no lo intentaba muy a menudo. Sin embargo, lo que no podía recordar era haberse sentado alguna vez ante una mesa rodeado de su familia. En realidad, nunca tuvo una.

Ahora contaba con Jack y Helen..., y también con Peebles y Lantz. Jack no vivía en el orfanato; lo hacía con el señor Willoughby, colina arriba. Jack estaba enamorado de Helen, aunque jamás lo reconocía, ni siquiera a su mejor amigo, Skeezix. Helen vivía en el orfanato, y llevaba allí, como mínimo, el mismo tiempo que Skeezix. Lo que sentía por Jack lo guardaba como un misterio, y eso confundía a Jack.

A Skeezix no le gustaba Peebles. En realidad no le caía bien a nadie, salvo, tal vez, a la señorita Flees, que dirigía el orfanato, o era lo más cercano que había a una cabeza visible que mandara en él. Peebles «la mantenía informada». Por lo menos, eso es lo que ella no paraba de repetir:

—Peebles me mantendrá informada.

Y entrecerraba los ojos, como si tuviera arena en ellos, y asentía lentamente. Peebles tenía una nariz igual a la de MacWilt —como si alguien hubiera tirado de ella con unos alicates—, y siempre incitaba a la señorita Flees para que acosara a Skeezix por comer tanto.

No dejaba de sermonear a Skeezix acerca de las dietas. De niña, le decía, ella sólo comía panecillos de trigo entero.

Lo cual parecía ser verdad, ya que era tan delgada como un espantapájaros azotado por el viento, y debajo de los ojos tenía unas aureolas oscuras. Skeezi no veía ninguna ventaja en semejante dieta. Y, aunque la viera, tampoco habría podido comer más de la sopa de coles y el pan que les servirían; apenas había suficiente cantidad para darles media ración a cada uno. A menudo Helen le pasaba un trozo de su pan, aduciendo que era pequeña y que no comía mucho. Siempre que podía, Skeezi le traía a Helen estrellas de mar secas y conchas vacías arrojadas a la playa después de cada tormenta.

No obstante, uno tenía que aguantar a Peebles. Después de todo, allí estaba..., era lo que el viejo Willoughby llamaría un «caso triste», odiado por la mayoría, a excepción de la señorita Flees y, principalmente, de sí mismo. Por lo menos, eso es lo que le parecía a Skeezi, que en ese momento subía por la pequeña escalera de la valla detrás del orfanato. Se abrió camino por entre hierbas que le llegaban hasta las rodillas e introdujo una regla de cobre entre el marco y la jamba de una ventana, levantando el pequeño cerrojo que la mantenía cerrada. Después de un minuto de jadeos, empujones y pataleos, atravesó la ventana abierta y cayó al suelo. Se incorporó, arrojó la regla a la hierba del exterior, junto a las tablas de chilla de la pared. Luego bajó el marco y espió el pasillo, desde donde le llegaba el sonido de los platos y los vasos.

El acre y denso aroma de las coles hervidas llenaba la atmósfera. Dos gatos bajaron por el pasillo hacia donde él se encontraba; se agachó y cogió a uno de color blanco y naranja, que se llamaba Ratón: su favorito. Estaba casi convencido de que el gato podía hablar. Últimamente, en más de una ocasión, se había despertado en mitad de la noche para verlo perchado sobre su almohada, al lado de su oído, murmurándole algo, algo que no podía entender con claridad. El causante de aquello era el Solsticio, que hacía que todo se transformara en su cabeza.

La señorita Flees le miró con ojos parpadeantes desde un rostro chupado. Parecía como si su cabello se hubiera vuelto loco. Tenía la mitad recogido sobre la cabeza como en una especie de cascada y sujeto por una cinta. La otra mitad se había escapado de la sujeción de la cinta y colgaba sobre sus orejas como si fueran los remos de un galeón. Las comisuras de su boca se mostraban tensas hacia abajo.

—Llegas tarde —graznó con voz semihumana.

—Me quedé dormido. Estaba terriblemente cansado debido a la lluvia que cayó anoche y que no me dejó dormir bien.

—Estás mintiendo otra vez.

—Así es —intervino jubiloso Peebles—. Hace media hora no estaba en su cama. Lo sé porque me asomé para comprobarlo. Ha estado fuera todo el día. Mírelo, tiene las ropas mojadas, ¿no es cierto?

—Sí, señor Peebles, están claramente mojadas. —La señorita Flees observó a Skee-zix con una mirada de astucia, como dándole a entender que no podía engañarla, que Skee-zix tendría que inventarse algo mejor si quería llegar a engatusar a alguien como ella.

—Tú estás mintiendo —le dijo Helen a Peebles con voz cansada—. Yo le vi dormido hace una hora y también justo antes de la cena.

Entonces le tocó el turno a Helen de ser escrutada. La señorita Flees la miró de arriba a abajo, como si la viera en ese instante por primera vez, o como si acabara *realmente* de descubrir lo traidora que era.

—¿Qué me dices de las ropas mojadas? —preguntó al tiempo que le sonreía a Peebles, asintiendo con la cabeza.

—En realidad, tenía la ventana abierta —comentó Skee-zix, que no deseaba que Helen mintiera por él.

Era evidente que la señorita Flees no había inspeccionado su cuarto. Muy pocas veces lo hacía. Se sentaba a leer novelas baratas en lo que ella llamaba el salón; también te predecía el futuro por un penique.

De vez en cuando solía mantener sesiones espiritistas. En una ocasión, Skeezi y Helen habían espiado por la ventana, y quedaron sorprendidos al ver una aparición fantasmal que venía de la dirección de la cocina en mitad de la sesión. Una mujer se había desmayado y otra aulló; la que perdió el conocimiento creía que se trataba del espectro de su hijo muerto, que retomaba ante el mandato de la señorita Flees. No había sido su hijo muerto, sino —aunque la mujer jamás lo averiguó— Peebles, que se había recubierto de harina y vestido con una túnica negra. La mujer desmayada era la mujer del alcalde y la otra la hermana de éste; hasta el mismo alcalde había mordido la punta de su cigarro y estuvo a punto de prenderle fuego a sus pantalones con la brasa. Peebles había huido por la puerta de la cocina. Hicieron falta dos litros y medio de té, a cinco centavos la taza, para devolverles la tranquilidad a los componentes del grupo y que, por lo menos, pudieran regresar andando a sus casas.

Helen y Skeezi esperaron todo un día antes de preguntarle a la señorita Flees, de forma muy casual, por qué Peebles se había bañado en harina y a qué se debían los gritos que escucharon. Aquella noche, Skeezi recibió una ración extra de pan y Helen fue exonerada de lavar los platos; los dos meses siguientes los pasaron mejor que todos los años anteriores..., se movían a su antojo, descubrían algún que otro trozo de carne de cerdo en la sopa de coles, y no paraban de reírse cuando recordaban una y otra vez lo sorprendidos que quedaron cuando vieron a Peebles todo embadurnado de blanco y con aquella túnica, y la astuta artimaña que había creado la señorita Flees con las dos señoras que, el cielo lo sabía, eran demasiado estiradas. Podían «restregárselo por la cara», insistía Skeezi. Lo tendrían mercedo. Sin embargo, la señorita Flees parecía muy ansiosa de que eso no ocurriera y, a pesar de los temblores que ello le produjo, llegó a comprarle a Skeezi una tarta como postre; él se la había comido —compartiendo una porción

con Helen— hasta la última miga, mientras la señorita Flees permanecía boquiabierta, farfullando como una bomba que estuviera a punto de estallar y destruir toda la casa. La señorita Flees los odiaba a los dos. También Peebles.

Después de la cena, Skeezix volvió a escurrirse por la ventana. A la mañana siguiente tendría que vérselas con la señorita Flees: seguro que aquella noche mantendría su ventana vigilada. Pero, ¿y qué? ¿Qué le iba a hacer, someterlo a una dieta de media ración? Podría vivir con el doctor Jensen, ¿verdad? Pero así abandonaría a Helen con la señorita Flees y Peebles; no podía hacerlo. Ella era como su hermana. No había recorrido ni cien metros por la colina que conducía a la granja de Willoughby cuando Helen se le unió.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Pero ella ya conocía la respuesta; no había nada más allá de la granja de Willoughby salvo una arboleda de secas y llanuras llenas de bayas y asquerosas coles.

—A ver a Jack.

—¿Y luego?

Skeezix se encogió de hombros. No estaba seguro de que, en una noche como ésa, deseara la compañía de una chica..., no cuando la tormenta amenazaba con caer de nuevo y el cielo estaba lleno de murciélagos, nubes y viento.

—A dar una vuelta.

—Mientes tan mal como Peebles. Tú y Jack tramáis algo. ¿De qué se trata? Os voy a ayudar. —Se arrebujó en su abrigo y se levantó el cuello contra el viento, que soplaba casi directamente desde la playa y estaba impregnado del neblinoso salitre marino.

En realidad, a Skeezix le encantaba tenerla a su lado. Musitó algo acerca de que las chicas no debían estar fuera en una noche como ésa; Helen le miró y él cerró de inmediato la boca, sonriéndole como si lo hubiera dicho para provocarla, razón por la que, fuera de toda duda, lo *había*